

EL RADICAL

Periódico Semanal, Órgano de la Juventud del Partido

Año I - Núm. 6

Cieza 14 Julio 1935

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
CENTRO RADICAL.-CIEZA

Crónica

De momento, no recuerdo con qué motivo, me refirió un amigo, tan digno de respeto, como por mi respetado, la siguiente y hermosa anécdota, que encierra todo un curso de sana y profunda filosofía, de la que estamos muchos necesitados en estos tiempos.

Contaba así mi amigo: «En la guerra con los carlistas, allá por los años 1.873-874, mandaba un Cuerpo de Ejército español, el, entonces, Coronel Moriones. La conducta del que, por su cargo, estaba obligado a dar ejemplo, dejaba bastante que desear. Según se decía en público, pero siempre *en secreto*, por temor a las represalias del Coronel Moriones, éste no respetaba ni a nada, ni a nadie; se apropiaba buenamente, de cuanto no era suyo y se ponía a su alcance, y tomaba para su servicio propio, cuanto era del servicio de los demás. El Coronel Moriones era un *temible antropófago que se comía los niños crudos*, según frase de un atemorizado subalterno andaluz.

«Por Cura del Cuerpo de Ejército que mandara el, después ilustre General, un *Pater* delgado, alto, descolorido, modelo de virtudes, y tan aligerado de carnes, como cargado de ciencia y de profundo conocimiento del corazón humano.

«Se llamaba el Padre Agapito, o, por mejor decir, así lo llamaban todos los que lo conocieron y trataron.

«Al noble y santo Presbítero, jamás se le oyó, ni aun en la más ínfima de las confianzas, hablar mal de un inferior, ni de un igual, ni mucho menos de un superior.

«Aunque él estaba en el secreto de todos los actos del Coronel Moriones, pues éste depositó su confianza en aquel santo varón, distinto a todos los hombres en todo, raro en sus costumbres, e imperturbable como una Esfinge, el Padre Agapito, cuando los oficiales ante él se quejaban del proceder del Jefe, siempre cortaba la discusión diciendo: «¡Calma, señores, calma! ¡Cómo está el mundo! ¡No hablen hoy mal de quien mañana, tal vez, hablen bien! ¡Cómo está el mundo!»

«Y siempre estas sentenciosas frases cortaban la discusión y los vuelan a la maledicencia de los militares.

«Ya ven Vds.—decía el *Pater*—porque llevo a diario levita y chistera, y fuera de los actos de servicio voy con alpargatas, buscando mi perfecta comodidad, sin importarme un comino lo que diga el mundo, sé que más de dos de los que me escuchan, dijeron veces ciento, que el Padre Agapito está loco, y que si está ahorrando para *comprar el Cielo*. ¡Ni al Cielo se entra antes con uniforme de gala, ni el Cielo se vende!

Y ¡cuánta razón tenía el *Pater*!

«Pues bien; por todos los Jefes y oficiales se despellejó *santamente*, como mejor se pudo, al Coronel, y hasta se tramó en las sombras, quejarse, en debida forma, a la Superioridad, para que se pusiera correctivo a tantos desmanes.

«Mas los acontecimientos vinieron de manera, que de la noche a la mañana, fue ascendido a General, por méritos de guerra, el Coronel Moriones; y este hombre, acostumbrado a no temer a las palabras de los hombres, porque jamás tuvo miedo a las balas de los enemigos, y en posesión de cuanto se murmuraba y de cuanto se decía de él, al siguiente día de ceñir los entorchados y de empuñar el bastón de mando, preparó un banquete monárquico al que fueron invitados todos los Jefes y oficiales del Regimiento que, como Coronel, mandara antes, aparte de todos los demás conocidos y compañeros de las distintas armas.

«Como es natural, faltar no pudo a aquella fiesta esplendorosa el Padre Agapito, el guardador de los secretos del ya General, a la vez que era el depositario de las calumnias y murmuraciones que los militares lanzaran en contra del que hoy festejaban.

«Reinó en el banquete la mayor cordialidad que pueda darse. Todos los concurrentes tenían fijos los ojos, para sonreír, en el que ahora podía otorgar mercedes, del mismo modo que mandar que se dieran cuatro tiros, sin responsabilidad alguna.

«Llegó la hora de los brindis, y por orden de jerarquía, de años y de ciencia, fueron levantando la copa los comensales, para brindar por la salud, del hoy, modelo de todo lo noble, lo bueno, lo digno, lo grande, y ayer, ejemplo de lo malo, de lo perverso, de lo que rebajaba y denigraba, según ellos.

«Todos chocaban gozosos y aplaudían frenéticos al que mas se deshizo en elogios desmedidos y en mayores lisonjas y adinaciones hacia el General.

«Solo permaneció mudo a todo y a todo indiferente, como si nada ante él pasara, el Padre Agapito, callado como una tumba y fijo como un témpano de hielo.

«Muchos repararon en aquella figura lívida, siniestra, con levite negra y estrecha y negras alpargatas.

«Y los más próximos a él, rogaron al Padre que brindara, pues dijeron que más parecía el Padre sentir que alegrarse del ascenso de Moriones.

«Varias voces, como una sola, pidieron que brindara el Padre Agapito, y éste, ante un ligero ruego del General, cogió la copa que ante sí tenía sin haberla probado, y lívido, siniestro, frío como la tumba e imperturbable como una roca, dijo: «Señores: Tiempo atrás oía, y me lo decían muchos de los aquí presentes, que el Coronel Moriones abusaba de los derechos de los demás en beneficio suyo. Se me llenaban a diario los oídos, por muchos de los presentes, de que el Coronel hacía y deshacía a su antojo, de modo

arbitrario, tanto lo que quería, como lo que no podía ni debía; y, yo, más conocedor del corazón humano que los que tales cosas me dijeran, siempre les argumentaba en contra con estas palabras: ¡Calma, señores, calma! ¡Como está el mundo! ¡No hablen hoy mal de quien, tal vez, mañana, habien bien! ¡Como está el mundo! Ayer el Coronel era un cualquier cosa; hoy es una gloria; ayer un desalmado, hoy un héroe...

«Con asombro el Padre Agapito no pudo terminar su rirrafe, porque al llegar a las últimas palabras que citamos, se vió solo. Los comensales fueron desfilando todos ante la lógica aplastante de aquel santo varón, seco y duro en el decir, como secas y duras eran sus facciones. Y aún los rezagados le oían decir al *Pater*: «¡Cómo está el mundo!»

Hasta aquí llega la anécdota contada por mi amigo. Y nosotros meditando sobre este hecho histórico, y conociendo el estado actual de nuestro pueblo, escribimos este artículo, pensando en que, entonces, como ahora, abundan los seres que siguen la conducta de aquellos oficiales y Jefes que de el suyo murmuraban en la sombra, y en la falta que hacen cientos de Padres Agapitos.

Por más que tenemos la seguridad, que hoy, aunque el *Pater* dijera mucho más de lo que dijo el Padre Agapito, no se quedaría sola la mesa del banquete.

¿Por qué? Eso yo no lo digo, que lo diga el lector.

¡El que quiera entender que entienda!

Cabos Suelos

El día del Corpus, y con motivo de que los pobres de Cieza festejaron tan señalado día, el Partido Radical, o por mejor decir, los señores concejales del mencionado partido, de sus bolsillos particulares, costearon una comida que se condimentó y repartió en la Cocina económica, abundante, suculenta y bien servida.

Asistieron al acto del reparto distinguidos señores del partido local, y se repartieron unas cuatrocientas cincuenta raciones, dando los pobres efusivas gracias y dejando caer bendiciones sobre los generosos donantes que no dudaron en sacrificar sus pesetas en beneficio de los menesterosos y hambrientos.

Después de la fiesta de! Corpus se celebró en la calle del Cid, durante ocho noches consecutivas, una animadísima verbena, a la que asistieron numerosas

